

Al margen de un discurso

Proximamente publicaremos en estas mismas columnas el discurso que pronunciamos en la sesión solemne que todas las organizaciones obreras de Cali celebraron bajo las frondosas Ceibas de La Ermita el Primero de Mayo con motivo de la fiesta de los trabajadores. Los lectores podrán juzgar en plena calma y sin los apasionamientos de los primeros momentos un discurso que ha hecho un formidable escándalo y que le há valido a quien lo pronunció una valancha, una descarga de dieterios y de ultrajes.

La prensa burguesa ha querido explotar ese asunto para decapitar el movimiento obrero y reducir al silencio sus dirigentes. Ha elevado su voz de protesta y levantado los brazos al cielo en señal de indignación sugestionando con sus clamores y su algarabía a los sensillos trabajadores que hoy nos miran tal vez como a unos disociadores, unos destructores de las sacrosantas instituciones burguesas y de la maternal sociedad capitalista. En verdad nosotros no profesamos a las instituciones del Estado burgués el mismo tierno amor que parecen profesarle ciertos obreros sugestionados, porque nosotros no acariciamos las cadenas que nos mantienen atados al poste de las viejas iniquidades ni lamemos el foete con que los amos nos azotan. Pero pretender presentarnos ante la faz del pueblo como unos individuos que merecen la prisión, el destierro y el fusilamiento, como lo reclaman los órganos de la moderna inquisición, es la más flagrante de las injusticias y el más odioso atentado contra la libertad. La Constitución colombiana garantiza a todos los ciudadanos las más caras libertades como son la de pensamiento, de conciencia, de palabra, de reunión y de imprenta, es decir que nadie puede ser perseguido por las doctrinas y las creencias que profese, ni tampoco porque exteriorice tales doctrinas ya de palabra o por escrito. En virtud de tales libertades nos permitimos exponer el Primero de Mayo ante un numeroso público compuesto de capitalistas y de obreros las doctrinas que creemos sean benéficas para los trabajadores y que hoy día están en boga en los países más civilizados de la vieja Europa.

Nunca nos imaginamos que la verdad que propagámos hiriese como un hierro candente a los usufructuarios de las miserias y de la esclavitud del pueblo. Nunca nos imaginamos que las palabras que pronunciamos con todo

el ardor de nuestras convicciones azotasen tan fuertemente a los miembros de las clases privilegiadas y a sus lacayos. Nunca nos imaginamos que la rotativa de la reacción y los enemigos de la causa popular, con una perfidia y una falsía medioevales, nos presentásen como la encarnación de los apetitos malsanos y como un monstruo que amenaza tragarse a los mansos y caritativos capitalistas que *comparten tan generosamente el pan con sus obreros*, según nos lo dijo tan compungidamente nuestra Flor. Y hoy que se ha desplomado una montaña de insultos y calumnias sobre nuestra cabeza, nos sentimos orgullosos de haber puesto a descubierto en presencia de los mismos usufructuarios las lacras y las iniquidades de la sociedad capitalista. No son los rugidos de la burguesía ni las amenazas de sus turiferarios que nos amedrentarán. No son los ultrajes y los insultos propios de almas bajas que nos harán retroceder en nuestra benéfica labor de la emancipación del proletariado. No son las infames calumnias, la desnaturalización de nuestra idea y de todo cuanto digimos que nos abatirán. No son las protestas inconscultas de los mismos a quienes deseamos emancipar y favorecer que nos desalentarán. Desde que principiamos nuestra labor en favor del obrerismo comprendimos los escollos y los obstáculos que se nos presentarían, entre ellos el de la ignorancia y la incomprensión de las masas populares, sus prejuicios políticos y su arraigado fanatismo religioso que son los baluartes sobre que se apoyan todas las sociedades contemporáneas, para mantener al pueblo en la esclavitud económica. Nuestro amigo, el gran escritor francés Enrique Barbusse, dice: «El pueblo no comprende fácilmente, toda su educación está por hacer. El es naturalmente inteligente, pero se asfixia bajo una tradición absurda. Hay que hacer tabla rasa de las denominaciones gastadas, de la costumbre que paraliza. El pueblo es la fuerza pero no sabe servirse de él mismo: nosotros debemos enseñarle. Aristóteles decía: 'Los esclavos son esclavos porque son demasiado bestias para ser otra cosa. Pero si ellos eran bestias es justamente porque siendo esclavos no se les había dado ningún medio de instruirse. Es un círculo vicioso. Es necesario que todo el mundo sea instruido a fin de que cada uno sea capaz de juzgar y reflexionar en completa independencia.

¡Cuántos obreros hoy día, el espíritu rellena de mentiras y sofismas de la prensa, no ven los acontecimientos sino desnaturalizados!

¡Ah! la prensa que *boufrage*

de crane (rellenadora de cráneo). El innoble esclarecedor! Los lectores no se hacen sino la opinión de su periódico; muy pocos leen varias hojas contradictorias y no reflexionan que el mismo hecho es diversamente expuesto y comentado en cada órgano. Las grandes palabras, las etiquetas brillantes que ciegan siempre, se conduce al público al son de una parada de feria! Qué triste mentalidad! La verdad es por otra parte constantemente ahogada y desnaturalizada. Así, el comunismo es siempre presentado como un monstruo que debe devorarlo todo. El pueblo y la burguesía misma no comprenden que él se inspira de los grandes principios que son la base de todas las religiones. La justa aplicación es ciertamente difícil pero la concepción del principio es sublime. Se desvirtúa las ideas más bellas para convertirlas en espantajos. Lo malo es que todo se halla entre las manos de la reacción. Las iglesias, las escuelas, la tribuna y la prensa. Se abozala, se agarrota. El niño recibe en la escuela el virus reaccionario que se continúa en el cuartel. La mujer lo continúa en la iglesia, fuerza reaccionaria cuya potencia hay que reconocer. No obstante la luz se hará».

Estas frases de Enrique Barbusse parece haber sido escritas para Colombia en donde más que en ninguno otro país toda la educación del pueblo está por hacer y en donde unos cuantos políticos y periodistas afortunados explotan su ignorancia para saciar sus ambiciones de lucro y de dominación. La prueba más clara de lo que avanzamos nos la suministra el diario burgués *Relator* enemigo furibundo de los trabajadores y el más mentiroso y mercantilista de todo el país. Todo movimiento que los obreros hacen para emanciparse de la tiranía capitalista y para reclamar sus derechos, es ahogado por ese órgano de la democracia criolla, para complacer a sus anunciadores. Y sin embargo, la incomprensión de los obreros es tal que continúan bajo su abyecta dictadura. Pero eso no es extraño porque la ignorancia de las masas populares en Colombia es aterradora. Las clases dominantes y capitalistas nunca se han preocupado ni se preocuparán por la instrucción y la educación del pueblo. El analfabetismo de Colombia no es comparable al de ningún otro país del mundo. Las masas sumidas en las tinieblas de la ignorancia, tan pronto aplauden a uno de sus amigos y defensores como tan pronto lo desconocen y lo abandonan, para seguir a uno de sus amos que en otro tiempo los ha vendido y ultrajado. La incomprensión es tal, que la misma multitud que le bate

ormado por completo; y hoy os es satisfactorio y grato al ontemplar el avance de la lucha brera en esta tierra no muy proicia para la semilla de la reivindicación proletaria, por causa del etrógado jesuitismo y de la intrigante política. Así mismo nos s placentero encontrarnos a cada aso, hasta en las regiones más partadas de Colombia, con hombres nuevos, idealistas y doctrinarios. Es porque los obreros y rabajadores colombianos han volucionado.

A todos ellos dirigimos nuestros paternales abrazo y saludo internacional.

EVANGELISTA PRIFTIS

Neiva, mayo 5 de 1925.

Nuestro comunismo

Algunos de nuestros colegas de la derecha se han alarmado porque en Cali se pronunciaron vehementes discursos en la inauguración de la Casa del Pueblo provocando algunas protestas encendidas de ciertos elementos intransigentes y aspavienteros.

Del orador de plaza pública tenemos una experiencia tan vieja como su clisé, y nadie se espanta del ciclón de apóstrofes generalmente sangrientos con que se condena el pasado social y político, ni del fervor apostólico con que se proclaman las nuevas ideas y aspiraciones populares.

Lo que pasa es un extremecimiento puramente auditivo, pues jamás dirá un socialista un discurso de forma distinta de la empleada hasta hoy, digamos por caso, por un demagogo místico como José Santos Lezaca o por un exaltado como Manuel Oriales. El fondo y las intenciones son diversas, pero la forma es idéntica en su aspecto técnico.

Pasaron v. g. los discursos veintijuleros que por fortuna se pronunciaban apenas en la fecha memorable, para caer en el editorial veintijulero del estribillo infalible al final de cada párrafo, «de los sagrados intereses del país» de la «vida de la República» de las altas conveniencias nacionales, y sin embargo ni si quiera se mofan las gentes.

Dice Antonio Caso que la gloria del orador es tan efímera que se evapora con las últimas guturaciones; sin embargo, tenemos que convenir que los oradores socialistas han logrado lo que tal vez no pensaban: prolongar por algunas horas y a muchas leguas el estado nervioso de sus oyente, entre los cuales cuenta con orgullo a los periodistas de la derecha.

De modo que está fallando en esta ocasión lo aseberado por Caso.

(*El Diario Nacional*, Bogotá)